Las infancias son sonidos demoledores: Una auto-etnografia y reflexiones de campo sobre ecología sonora, territorio e infancias.

Por: Jesús Bustos Machuca. (Miembro del Colectivo Resistencia Infantil)

La catástrofe es nuestro territorio

Que en un territorio existan conflictos de diferentes índoles no debería parecer extraño. Habitar un lugar donde convergen diversas prácticas y maneras de subsistencia, ya sea desde la legalidad o no, implica diferentes formas de relacionarse y posicionarse frente a la comunidad, las instituciones y las estructuras sociales. Esto da origen a habitares propios y situados, que pueden convivir o entrar en disputa según los intereses y el ordenamiento territorial. Aunque sin caer en generalizaciones, esta dinámica se presenta de manera habitual en diferentes escalas e impactos.

En un contexto de periferia, marginación y vulneraciones sistemáticas, tanto actuales como trans-historicas, estas distintas formas de habitar y las condiciones sociales derivadas de su diario vivir, tienden a generar una actitud de constante hostilidad. Esto afecta directamente la relación con la vida y el entorno, desembocando en conflictos territoriales atravesados por condiciones adversas que agravan la precariedad. Problemas habitacionales, basurales, vertederos, narcotráfico, contaminación por empresas y malas condiciones para enfrentar el frío o climas estacionales son ejemplos de esta situación.

Las vicisitudes que enfrentan las clases más bajas no son generalizables a toda la población. Estos problemas se presentan con mayor fuerza en los barrios marginales y periferias, donde viven nuestros niños. En

contraste, en barrios adinerados las casas cuentan con mejores infraestructuras, están mejor preparadas para enfrentar los climas del año, no hay hacinamiento ni vecinos involucrados directamente en el narcotráfico. Aunque los residentes de estos sectores también pueden cometer delitos, como los de cuello blanco o relacionados con el tráfico de grandes cantidades de droga, no enfrentan el mismo entorno hostil que afecta a los niños en los barrios marginales. En este sentido, la diferencia es una cuestión de clase.

La crisis en un contexto de marginación y vulneración sistemática es un cotidiano respecto a la práctica como maestros (consideramos maestros a quienes buscan dejar una enseñanza o quienes buscan recibirla). Existe un posicionamiento, intensiones que buscan ir leyendo el presente, como artesanos del error con miras a un cotidiano posible distinto, desde el afecto, el recuerdo y el reencuentro con sensibilidades toscas, bajo una coraza que permite sobrevivir en un territorio como el suyo. Donde la bofetada se vuelve una primera caricia, donde se escupe al cielo constantemente esperando que se devuelva el escupitajo en la cara, donde lo sensible muta y se vuelven zarpazos, patadas, insultos y moretones por la necesidad de subsistir ante el desasosiego de la calle.

Los primeros recuerdos son en la plaza al lado de barras bravas, evangélicos, puntos de droga, pasteros y gárgolas, allanamientos a cualquier hora del día, hasta una cobrada entre bandas rivales. Es así como pareciera que lo bello no tiene lugar, que es una afirmación descontextualizada, pero quienes también venimos de barrios bajos, clase trabajadora, y viven lo mejor que permite el bolsillo, aunque estas sean migajas y desamparo, consideran necesario buscar lo bello en el oficio de maestros, ya que esto permite dar cuenta de los resultados, el camino, si se va bien encaminado o no. También permite darse ánimos y levantarse, seguir con el rubro, como se diría coloquialmente, y sin

deprimirse con los afectos que se reciben, en las condiciones que se reciben, con el fin de aplicar la artesanía y dar forma al barro.

Como colectivo, enfrentamos diversas situaciones que no solo son del territorio, sino también de sensibilidades propias: mañanas frías, falta de sueño, viajes largos hacia lugares que no siempre prometen un buen rato y donde el pago es nulo. A pesar de todo, las risas, los juegos y un abrazo cálido de quienes corren a recibirnos, aunque no hayan desayunado ni nosotros tampoco, llenan algo más importante que la barriga: el alma. No se trata de autorrealización, eso sería egoísta. Esto no es un taller de autocomprensión o autosanación; ese es un segundo plano frente al quehacer actual. Somos militantes del futuro, buscamos destruir el ahora y sembrar la catástrofe para crear mundos posibles. Comprendiendo los procesos históricos como enseñanza y herramienta frente a las tareas del ahora. Resistimos en un contexto donde todos estamos resistiendo el olvido y el advenimiento. Valorar esos momentos de risas, juegos y complicidades hace que todo lo anterior no parezca tan terrible, al menos por instantes.

Nuestra artesanía del error busca generar una catástrofe inminente que se recibe con amor y comprensión. En medio de gritos y golpes, lo bello se hace presente, con la posibilidad de que él ahora sea mejor: que quienes pegan más fuerte sepan a quién pegar, que quienes gritan sepan a quién gritar, que quienes roban sepan a quién robar, y que quienes dan o reciben sepan a quién dar y de quién recibir. Todo ello con el fin de que los nexos con el territorio sean nexos con sus habitantes, para que quieran cambiarlo todo. Así nos hacemos cargo del presente, que contempla una historicidad de afectos, malos ratos, tardes excelentes y otras caóticas, como es un cotidiano. Su cotidiano. Y confirmamos nuestra presencia en lo habitual, cuando para ellos,

nuestro espacio, su espacio, genera afectos en diversas direcciones y maneras que se reflejan en sus decisiones, motivaciones y pesares.

Belleza y conflicto: (e)motivos para seguir la senda del maestro errante

La belleza de lo bien hecho es la belleza del cotidiano, de lo diario y de la presencia que genera lo realizado con dedicación en una sensibilidad corroída por las condiciones del vivir diario, una sensibilidad que resiste y sobrevive como puede.

Cuando se reflexiona sobre la categoría de "bello", se suele asociar a un término básico vinculado a algo agradable de percibir. Sin embargo, en el canon actual y colonialista, este concepto se reduce a una hermosura hegemónica, que no representa a todos los cuerpos existentes y forma parte de un estereotipo comercial. Para los fines de este escrito, se considerará la belleza desde una perspectiva diferente: en una sociedad "X", algo puede ser bello o no bello, útil o no útil, dentro de un binarismo que permite clasificarlo como afectante o no afectante. Aunque puedan

existir matices, estas medias tintas tienden a sostenerse en una de estas ambivalencias, y este marco conceptual será útil para el desarrollo de la reflexión.

En nuestro laboratorio educativo, donde nos entendemos como maestros, el rol que desempeñamos se asemeja al de artesanos, quienes, dentro del desorden, la crisis y una primera materia amorfa, logran dar forma a algo o a alguien bello. Lo bello, en este caso, no se limita a lo superficial, sino que remite a una historicidad y a un proceso de trabajo. Como el jarrón de greda o la vasija tallada, la creación se realiza por etapas, avanzando y mutando hasta completar un todo. Este esfuerzo genera una presencia que se recuerda con cariño y, al mismo tiempo, con el carácter aterrador de toda belleza: la potencialidad de no ser en lo cotidiano tanto como la de sí ser.

Desde esta perspectiva, el concepto de belleza incluye diversas nociones, todas vinculadas al hacer, a lo práctico y a lo habitual. Un ejemplo relevante se encuentra en la visión quechua sobre lo bello, donde este ideal se asocia al oficio noble de la artesanía y a los implementos o herramientas que permiten reproducir la vida diaria. Tal como menciona Verónica Cereceda, "thupata lluncuta haque" se refiere a un hombre "bien hecho, hermoso, proporcionado". Sin embargo, *thupatha*, como verbo, traduce la idea de limar, acepillar, pulir, y *lluncutha* refuerza estos significados, añadiendo la idea de bruñir. Así, la belleza se equipará a una acción que permite que un utensilio o herramienta quede bien terminado, implicando directamente que será útil para la vida, algo que perdurará y se hará habitual.

De esta manera, no se busca situar lo bello como algo idealizado o romantizar un contexto de vulneraciones sistemáticas. Las condiciones son hostiles, y las respuestas suelen ser igualmente duras. Sin embargo, en este concepto de belleza se rescatan las prácticas y los procesos bien

hechos, aquellos que, pese a la adversidad, permiten construir lo duradero, lo cotidiano y lo útil para la vida.

Lo bien hecho no se comprende como algo finalizado, sino como una enseñanza que deja huella, que afecta positivamente y, al igual que la belleza, permanece en lo cotidiano, aplicándose al diario vivir. Esta enseñanza tiene la capacidad de mutar y ajustarse a la realidad de cada uno de nuestros niños, convirtiéndose en una herramienta o utensilio para la vida.

Por ejemplo, consideremos el caso de rosita que molesta a todos, especialmente a su mejor amigo panchito, ya sea a través de insultos, burlas sobre su físico o golpes. En una ocasión, nos sentamos con ella para conversar sobre cómo sus acciones afectaban emocionalmente a su amigo, haciéndolo sentir mal. Le explicamos que burlarse de su peso o golpearlo no solo lo hería, sino que también deterioraba su relación.

Aunque nuestra niña continúa insultando y golpeando a su amigo en lo que ambos consideran parte de su dinámica de juego, dejó de molestarlo por su peso. Este cambio, aunque pequeño, representa una ganancia para la convivencia. En sus contextos, ciertos niveles mínimos de violencia son vistos como parte del juego o incluso como algo "justo", pero hay otras acciones que realmente hieren. Estas son las que, al ser conscientes de su impacto, se trabajan para mejorar las relaciones y fomentar una convivencia más saludable.

Infancias

Estamos llegando al beta, lo sabemos porque hay muchos ruidos de autos, micros pasando, uno que otro sonido de sirena policiaca

acechando, uno que otro grito de un churri pidiendo plata, volviéndose loco al lado de una botillería, cuidando autos, escuchando mambo guaracha al lado de unos cabros chicos que pasan con la mamá, sabemos que estamos llegando porque esto lo vemos desde la micro, sabemos que ya hemos pasado un par de locales, la iglesia y que pronto nos bajamos, lo sabemos también por el payaso fome que se sube en cada recorrido de micro a contar los mismos chistes de viejo verde de siempre, molesta a alguno de los pasajeros sobre si es infiel o no, incluye en la talla al chofer que a veces le sigue el juego y otras veces no, si toca la bocina la victima de la talla, el cual va con su esposa es infiel y si no la toca, se salva de un mal momento. Nos bajamos, escuchamos gritos de ferianos ofrecer fruta a buen precio, al carro de sopaipillas gigantes ofrecer sus productos y tentarnos con la pura pronunciación de sopaipillas a 400 pesos, caseras y con mostaza, esperamos las ganas hasta llegar al beta, para luego de pasar gritando casa por casa saber quién ira y quien no al taller que está preparado para este dia, los cuales siempre son los domingos.

Hemos llegado, hay algunos madrugadores que, pese a quedarse toda la noche jugando fornite nos esperan, apenas cruzar la mirada y se escucha un grito "tioooooo" seguido de un abrazo a toda velocidad por parte de quienes esperan afuera. Los que salen después también al escuchar nuestras voces, como proyectiles se dirigen hacia la puerta, un amor que imagino emerge, detonado por un simple grito, un "aloooooooo" que anuncia el inicio de un dia turbulento, lleno de gritos, garabatos, peleas, discusiones y por sobre todo risas y juegos dentro de lo que parecería ser un pleito irreconciliable. Es aquí donde surgen diversas reflexiones que van de la mano con comprender nuestra historicidad, como llegamos donde llegamos y porque producimos los afectos que se producen al pronunciar palabras tan simples como las ya mencionadas, en ese sentido, comprendemos nuestras presencias

individuales como una gran presencia grupal, una copresencia, que se nutre de todos estos acontecimientos relatados, desde los insultos, las preguntas incomodas o dichos que nos descolocan, hasta las risas y palabras de amor. Somos un cumulo, una atmosfera, una trama que se articula al sumar nuestras disposiciones con un fin cualquiera, el cual busca evidenciar maneras distintas de resolver el presente, en donde se comprende la presencia y la ausencia como una ambivalencia que se apodera de este territorio con cada paso que vamos dando hacia la plaza, hacia promedio rojo o cualquier parque, en donde el presente y el pasado confabulan en el ahora, haciéndose notar como entidades que poseen nuestro estar, donde estos gritos dados hace tiempo como nuestro típico “ah yaaa” grupal antes de empezar cada jornada se hizo parte de nuestra identidad con quienes ya no acuden al taller, quienes siguen acudiendo, difuminando esta barrera temporal, en donde nosotros, supuestos proyectos de adultos difuminamos nuestros primeros aprendizajes de infancia con nuestra técnica mejorada del ahora, en donde conviven sin limitaciones todos los que fuimos y seremos, comprendiéndonos como otro.

Cada sonido nos ubica en un lugar específico, cargado de significado y emoción. Es como si los sonidos fueran las coordenadas de un mapa invisible que nos guía a través de nuestros recuerdos, nuestras experiencias y nuestras relaciones. Al escuchar un sonido familiar, podemos transportarnos a otro tiempo y lugar, reviviendo sensaciones y emociones que creíamos olvidadas.

En este sentido, el sonido es mucho más que una simple señal acústica. Es una fuerza que nos conecta con nuestro entorno, con los demás y con nosotros mismos. Es una invitación a explorar las profundidades de nuestra experiencia humana y a descubrir la belleza de la interconexión.